

# CATEDRAL DE SANTA ANA



y 2

Durante dos centurias la Catedral permaneció inacabada y hacia la mitad del siglo XVIII se traducí­a activamente el deseo de llevar a cabo las obras de conclusión del templo.

Después de distintos esfuerzos, gestiones y proyectos, comen­zaron las nuevas obras en 1781, en tiempos del Obispo fray Juan de Herrera y bajo la dirección de Diego Nicolás Eduardo, racionero de la Catedral. Aunque este no era arquitecto profesional, sí acreditaba grandes conocimientos y sólida formación en el arte arquitectónico.

A principios de 1781 se había iniciado el derribo de la "iglesia vieja", que databa del siglo XV y había quedado hasta la fecha en la parte posterior de la Catedral.

Diego Nicolás Eduardo utilizó el gótico para el interior del templo siguiendo las líneas marcadas por los maestros que hicieron la Catedral en el siglo XVI. Concretamente, al trazar el cimborrio tuvo en cuenta las detalladas indicaciones dejadas por su antecesor de dos siglos atrás.

De esta manera consiguió que el interior del templo mantuviera un estilo de conjunto: el hermoso gótico que constituye un magnífico tesoro artístico de nuestro Archipiélago. En cambio los proyectos que realizó para el exterior los concibió dentro del estilo neoclásico en el que él se había formado. De esta manera la Catedral tiene un interior gótico y un exterior neoclásico, correspondientes a sus respectivas etapas de construcción.

En el verano de 1781 se comenzó a trabajar en los cimientos de las nuevas obras. Estas cobraron gran impulso y rapidez. Había que edificar una superficie aproximada a la hasta entonces construida, a partir del crucero. Hacia fines del verano de 1794 se terminaron de cerrar todas las nuevas bóvedas. Hacia 1795 se hallaba casi terminada toda la parte del crucero y la cabecera y Eduardo se dio a la realización del cimborrio, el cual no pudo ver terminado antes de morir, en enero de 1798.

Eduardo dibujó también la fachada posterior de la Catedral, que se hizo siguiendo su diseño neoclásico. Al finalizar el siglo XVIII la cabecera y el respaldo de la basílica estaban prácticamente concluidos.

En el primer año del siglo XIX se derribó el muro y testeros de la antigua capilla mayor, pared que había cerrado la media iglesia en 1570. De esta forma quedaron unidas las dos partes, antigua y nueva, del templo. Después de la muerte de Eduardo dirigió las obras Luján Pérez, que en 1804 fue nombrado director y sobrestante de aquéllas.

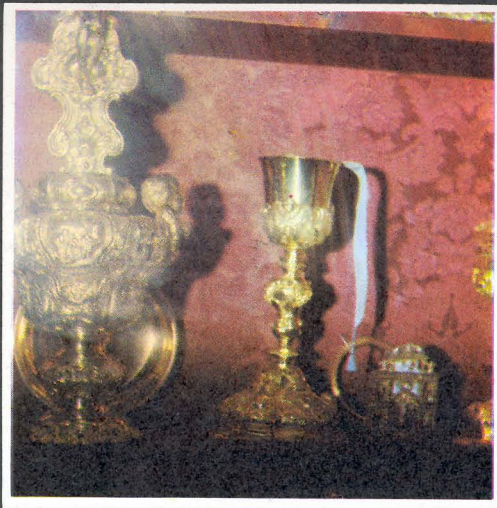
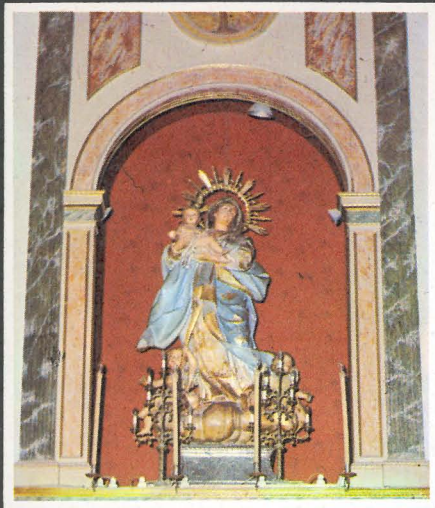
Luján siguió las líneas de los planos de Eduardo. Proyectó una fachada neoclásica (1809), de acuerdo, según afirmó, con lo proyectado por aquél. También diseñó Luján el coro, asimismo neoclásico (1806), actualmente

desmontado.

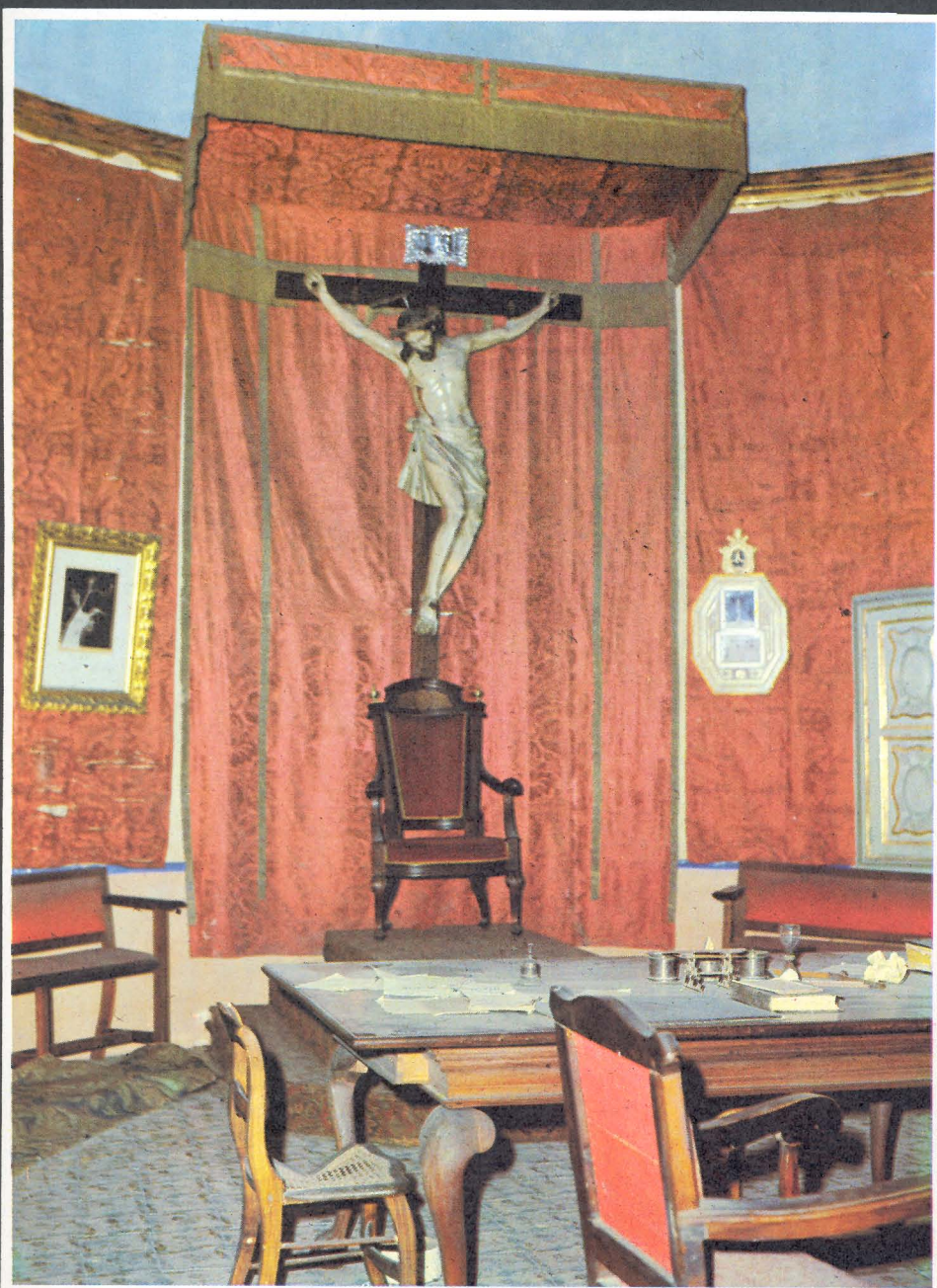
Cuando el gran imaginero y arquitecto murió en 1815 estaba casi terminada la torre del Norte y alzado gran parte del primer cuerpo de la fachada. Permanecía aún el antiguo frontis gótico, retranqueado respecto al nuevo, puesto que la línea frontal del templo se adelantó varios metros. Poco más o menos así se hallaba la construcción en 1821, cuando de nuevo se interrumpieron las obras.



La fachada neoclásica en la Plaza de Santa Ana



Virgen de la Antigua (Luján Pérez) En varias vitrinas se exhiben tesoros del templo.



El Cristo de Luján Perez preside la Sala Capitular

Treinta años más tarde, en tiempos del obispo Codina, se decidió reanudarlas. El arquitecto Manuel Oráa fue encargado de elaborar un informe sobre el estado de las obras. Por entonces éstas habían recommenzado y la conclusión del templo se consideraba como un reto que la ciudad tenía que vencer. Hacia 1855 se estaba en el empeño de alzar la segunda de las torres, la del sur. En febrero del año siguiente "el tercer cuerpo de la torre se hallaba ya a las dos terceras partes de su altura".

Se había organizado por aquellas fechas una recaudación de fondos entre los vecinos con destino a la obra catedralicia. "Terminada la catedral -decía un periódico de la época- la ciudad de Las Palmas poseerá el mejor y más hermoso edificio de la provincia, que lo es aún a pesar de no hallarse concluida, y nosotros tendremos la indecible satisfacción de haber dado fin con sólo nuestros recursos a una obra tan magnífica".

Proseguían los trabajos. El mismo periódico -"El Omnibus"- se congratulaba de los progresos en la construcción de la torre. Por cierto que en este mismo artículo se daba cuenta de un nuevo procedimiento que, por lo visto, se utilizó para la subida de piedras labradas: "Desde el principio de la fábrica subíanse las piedras labradas, la cal y el agua por los medios imperfectos que nuestra atrasada mecánica pone a disposición de los maestros; perdíase pues, casi media hora en subir a fuerza de brazos cualquier peso, porque aun cuando se había traído una máquina de Inglaterra, nunca hemos visto hacer uso de ella, ya sea por no entenderla, o porque saliera defectuosa. Las cosas en este estado, dijo un día el encargado de la obra el conde de la Vega Grande, sujeto cuya afición y conocimientos en la mecánica son bien notorios, que se comprometía a indicar un medio sencillísimo para que los pesos subieran a la misma altura en tres minutos, produciendo de este modo una economía de mucha consideración, porque además de poderse suprimir los peones que trabajan en el molinete, los maestros destinados a sentar las piedras



Fachada posterior y plaza del Pilar Nuevo

no estarían detenidos, esperando de media en media hora la llegada de la cantería. Esta indicación fue entonces considerada como una chanza, y relegada por consiguiente al olvido, hasta que, hace pocos días, el conde volvió a insistir, y su promesa se cumplió con treinta segundos de adelanto, pues el peso subió en dos minutos y medio".

La torre sur fue acabada a fines del año 1857. En la noche del miércoles día 23 de diciembre se festejó en la ciudad la conclusión de la segunda torre de la Catedral, arrojando al aire múltiples cohetes, iluminando ambas torres, y dando música en la plaza la banda

militar de aficionados" en medio de una numerosa concurrencia.

Después de la participación de Oráa, hubo sucesivos proyectos para la conclusión de la fachada principal: del francés Albert Lenoir, residente en París, a quien se hizo tal encargo; del arquitecto Jareño, que no autorizó las modificaciones a que condicionaba la aprobación de su proyecto la Academia de San Fernando; del arquitecto madrileño don José de la Gándara, y, a finales del siglo, en tiempos del obispo Cueto, del arquitecto de Las Palmas don Laureano Arroyo.

La conclusión de la fachada definitiva se hizo imponiendo ciertas modificaciones en el segundo cuerpo, sobre la diseñada por Luján. Un bello rosetón sustituyó a la ventana central proyectada por aquél, mientras que dos frontones triangulares remataron los ventanales de ambos lados, a diferencia de los frontones curvos dibujados por el imaginero isleño.

En los albores de nuestro siglo se añadió el templete central, proyectado por el arquitecto don Fernando Navarro, con los ornatos que complementan a sus dos lados.

La Catedral de Santa Ana no destaca por sus tesoros artísticos. El saqueo e incendio llevado a cabo por la armada holandesa a fines del siglo XVI produjo la desaparición de las obras de arte religioso que enriquecían el templo, entre las cuales se contaba el retablo del altar mayor. No

obstante, hay que citar un hermoso "portapaz" atribuido al orfebre Becerril, varias pinturas de artistas españoles y obras del citado maestro Luján Pérez, el más destacado imaginero de Gran Canaria. Entre estas últimas, el Cristo de la Sala Capitular y la Virgen La Antigua, además de las tallas de la Dolorosa y el Cristo en la Cruz que cada año salen en procesión en el mediodía del Viernes Santo.

En el interior de este templo reposan los restos de varios obispos de la Diócesis de Canarias -el último de ellos, monseñor Pildain, enterrado en la capilla de Nuestra Señora de La Antigua-, así como los del poeta Cairasco, del historiador Viera y Clavijo y del político León y Castillo.

En la fábrica catedralicia y en su arquitectura, en la que coexisten diversos estilos incorporados a lo largo de su construcción, radica el valor de la Catedral de Santa Ana -durante siglos la única Catedral del Archipiélago-, que ha sido declarada monumento histórico-artístico nacional el día 3 de mayo de 1.974.

Alfredo HERRERA PIQUE